

»píritus en Dios, llevan tambien á él todas nuestras acciones y las hacen agradables,» cuyas prácticas, sin embargo, queria se refiriesen siempre, como la oracion, á la reforma del corazon, estinguendo los vicios y fortificando las virtudes. «Es preciso, decia, que todas se dejen conducir, corregir y modelar, y se establezcan sólidamente en la humildad, en la perfecta abnegacion de la propia voluntad, y en el desprendimiento de todas las cosas. De ahí se elevarán á la práctica de las virtudes; y en la eleccion de ellas preferirán, no las mas brillantes sino las mas humildes, como las pequeñas prácticas de dulzura, de paciencia, de tolerancia con el prójimo, de procurar complacer á todos en todas las cosas, no habiendo en ello pecado; en fin, la modestia en los ojos, en las palabras y en las acciones, de modo que los que las vean no puedan menos de esclamar: «He ahí unas verdaderas esposas de Jesucristo.»

Para animarlas á la práctica de estas virtudes, el santo director tenia algunas máximas favoritas que procuraba inculcarles. «Todo se vuelve en bien, decia, para los que aman á Dios; muchas miserias sirven para hacernos mas humildes; nuestras aflicciones, contrariedades y persecuciones bien sufridas, nos merecen un aumento de dicha perdurable. Todo es vanidad, fuera de la eternidad. «Todos los dias nos acercamos á la eternidad, y ya casi tenemos un pié en ella; con tal que sea feliz, ¡que importa que el paso, que no dura mas que un momento, sea borrascoso!... ¿Es posible que, sabiendo que nuestros sufrimientos de tres ó cuatro dias producen eternos consuelos, no los suframos con gusto? Si Dios es nuestro padre, padre tan tierno que vela continuamente sobre nosotros, y que un solo cabello no cae de nuestra cabeza sin su consentimiento, ¿cómo no estamos siempre preocupados con cuidado de amarle y servirle.» Una de sus grandes máximas era que se debia tener el corazon desprendido de toda criatura, de toda inclinacion á los lugares, á las personas, á los tiempos y hasta á los mismos actos

particulares de las virtudes, para unirse únicamente á la voluntad divina, no buscando consuelo, descanso ni gloria sino en la cruz del Salvador, al pié de la cual debian todas hacer morir sus inclinaciones y aversiones, sus pasiones, su imaginacion y sus sentidos. «Porque, decia con frecuencia, es preciso sufrir mucho por Dios, ántes que gozar de Dios.» (1)

Las religiosas de la Visitacion recibian con respeto estas hermosas enseñanzas, y se esforzaban en conformar á ellas su conducta. Pero considerando cuán útil les sería tenerlas por escrito para meditarlas á menudo, y transmitir las como un precioso legado á las religiosas venideras, formaron el piadoso proyecto de recoger cada una, despues de cada conferencia del hombre de Dios, lo que conservase en su memoria, reunir luego los trozos esparcidos, y componer el discurso por completo.

El resultado de estas santas hijas sobrepujó á su esperanza, pues por un esfuerzo inteligente de su memoria verdaderamente maravillosa, reprodujeron exactamente las palabras de su padre, y dieron al mundo el bello libro de las *Conferencias espirituales* del santo Obispo, vulgarmente conocido con el titulo de *Entretenimientos* (2). Leyendo esta hermosa obra se cree oír al mismo Francisco; allí se ve su estilo, su colorido y su espresion; habla con la sencillez de un amigo que conversa, con la precision y la claridad de un doctor que instruye, con la uncion de un santo que saca todo lo que dice de un corazon convertido, y que no enseña mas que lo que practica.

Allí espone á sus hijas tres leyes de la vida espiri-

(1) Conferencia VII.

(2) La hermana Inés de la Roche fué el alma de este hermoso trabajo, como nos lo dice la Madre Chantal en su carta sobre la muerte de esta religiosa. «Con la hermana Inés, dice, nuestro instituto pierde una de sus mas dignas religiosas. Todas la tenemos grandes obligaciones, y su recuerdo no debe morir entre nosotras. Ella es quien ha tenido cuidado de recoger las conferencias de nuestro Bienaventurado Padre y la mayor parte de sus sermones, pues tenia una memoria tan feliz, que repetia palabra por palabra lo que este gran prelado habia predicado algunos dias antes.»

tual, que dice ser *de una utilidad sin igual, y capaces de causar una grande paz y suavidad interior, porque son todas de amor*. La primera es hacerlo todo para Dios y nada para sí; no solo en lo que mira á lo temporal, sino aun á lo espiritual y al progreso del alma en la perfeccion. «¡Oh, qué felices seríamos, dice, si lo hiciéramos todo por Dios! porque su amor es infinito para el alma que se entrega á él.» La segunda ley es no disminuir su exactitud en el cumplimiento de sus deberes en medio de las privaciones y sequedades, de los disgustos y de los sacrificios por los cuales se complace Dios en hacernos pasar. «Un solo acto hecho con sequedad de espíritu vale mas, dice, que varios hechos con gran ternura; porque se hace con un amor mas fuerte, aunque menos tierno y agradable.» La tercera ley es bendecir igualmente á Dios en los acontecimientos prósperos que en los adversos, lo cual esplica el santo con el ejemplo de Job. «¡El nombre del Señor sea bendito! decia el santo Job.» Este era su cántico de amor, que entonaba en todas las ocasiones. «Vedle reducido á la mas extrema afliccion; ¿qué es lo que hace? Entona su cántico de dolor con el mismo tono que los de regocijo. Hemos recibido, dice, los bienes de la mano del Señor; ¿por qué no hemos de recibir tambien los males? ¡Que siempre sea bendito su santo nombre! ¡Oh, cuán amada era de Dios esta alma santa! Procuremos hacer lo mismo en los consuelos y en las aflicciones, cantando siempre y en todas ocasiones el mismo cántico, con la mas perfecta igualdad. ¡El nombre de Dios sea bendito!»

A estas leyes generales, el sabio maestro de la vida espiritual añade reglas particulares para cada virtud con relacion á Dios, y pide desde luego á sus hijas que se abandonen con su voluntad y afectos al beneplácito divino, para no querer mas que lo que quiera, descansando en él con amor y confianza. Es preciso, segun él, depositar nuestra propia voluntad en las manos de Dios, hasta recibir con una perfecta indiferencia la afliccion y el consuelo, la enfermedad y la salud, la pobreza y las riquezas, el

desprecio y los honores, el oprobio y la gloria, y aun preferir la privacion al goce, el sufrimiento al placer, si en ello se encuentra un poco mas del beneplácito divino. «Los santos que están en el cielo, dice, tienen tanta union con la voluntad de Dios, que si hubiera un poco mas de su beneplácito en que fueran al infierno, dejarian al punto el paraíso para ir allí. Debemos igualmente en toda ocasion dejarnos conducir por la voluntad de Dios, sin preocuparnos de las consecuencias favorables ó adversas que resulten, estando bien persuadidos de que nada nos será enviado por este corazon paternal, de que no nos haga sacar provecho, si confiamos en él.» (1) Este abandono de sí propio á Dios para ser perfecto, debe, segun el autor, tener por compañera á la sencillez, esta hermosa virtud que no solo no mira mas que á Dios en todas las cosas, sin pensar en agradar á las criaturas, ni inquietarse por lo que podrán decir ó pensar de ella, sino que se ocupa *buenamente*, dice, en amar á Dios, sin atormentarse en buscar los ejercicios y medios de amarle, como si para formarse en el amor no hubiera otro arte ó secreto mas que amar. Nada mas suave y delicioso que las consideraciones del autor sobre este asunto; toda su hermosa alma se manifiesta en él en toda sencillez y candor.

El doctor de la piedad no es ménos amable cuando esplica las virtudes que se refieren al prójimo, á quien quiere que se le ame mas que á uno mismo, hasta despojarse de sí propio por darle gusto, y preferirle en todo á sí segun el precepto y ejemplo de Jesucristo, que nos ha dicho: *Amaos los unos á los otros como yo os he amado*; y que luego se ha sacrificado por nosotros. Es preciso, pues, mezclar en todas las relaciones mucha cordialidad, y aún mas esa dulce afabilidad tan distante de la demasiada seriedad que desagrada, como de la familiaridad que destruye el respeto. Es preciso condescender de un modo amable con los deseos de los demás, mezclar en la conversacion una alegría san-

(1) Conferencias II, V, VIII.

ta y moderada; un no sé qué de gracioso que agrada; es preciso, en fin, evitar el aire sombrío y melancólico, como el aire disipado y aturdido; tolerar los defectos de las almas, sin dejar entrever que se perciben; y abstenerse de las preferencias que escitan la envidia (1).

Es cierto que experimentamos en nosotros, á pesar nuestro, sentimientos de aversion contra ciertas personas, cuyo espíritu, carácter y maneras nos desagradan. Pero el santo autor enseña á no hacer caso de estas repugnancias, no dejando de acojer y hablar á estas personas con menos bondad y gracia, y aun á estimarlas mas, porque hay mas virtud en el que combate un natural defectuoso que en el que goza sin lucha de uno bueno (2). Con respecto á los superiores, quiere una obediencia universal, amorosa, pronta y constante: universal, porque la verdadera obediencia tiene un deseo insaciable de ser mandada en todo, porque la obediencia aumenta el mérito de las mas pequeñas acciones, y no hay virtud donde no hay obediencia; sometiéndose no solo la voluntad sino tambien el juicio, aprobando la cosa mandada, y estimándola mejor que ninguna otra, porque no conoce ese orgullo secreto que se atiene á su opinion y la prefiere á la de los otros; amorosa, porque se somete, no por temor sino por amor, y solo ve á Dios en la persona del que manda, sin discutir los motivos ni la prudencia de la órden, ni inquietarse por el resultado, sino pasando á la ejecucion y bastándole saber que obedece; pronta, porque la obediencia no deja nada para mas tarde, pues cuando se ama no hay dilaciones; y constante, porque consagra toda su vida á la obediencia y pone en ella toda su dicha (3).

En estas hermosas instrucciones, el santo Obispo no olvidó la modestia, virtud propia de las religiosas: modestia en las acciones, opuesta á la afectacion y á la lijereza;

(1) Entretenimiento IV.

(2) Idem XVI.

(3) Conferencia IX.

modestia en las palabras, que no dice nunca sino cosas convenientes y con un tono moderado; modestia en los vestidos, que consiste en la sencillez unida á la limpieza; modestia en el interior, que mantiene siempre en un estado tranquilo y recogido la imaginacion, el espíritu y el corazon (1). No prevenia con menos fuerza á sus amadas hijas contra las estravagancias é inconstancias que son una de las grandes miserias de la humanidad. «Dios, dice, »ha dado al hombre la razon para conducirle; y sin embargo, pocos hombres se dejan conducir por ella, sino »que siguen sus pasiones, sus caprichos, su carácter mudable; lo que agrada un dia, desagrada al otro; se ama y »se aborrece á la misma persona, segun la impresion del »momento; se está alegre ó triste con frecuencia sin saber »por qué..... Este no es el espíritu cristiano: la desigualdad »de los acontecimientos no debe nunca causar en el alma »desigualdad de humor; entre la variedad de los accidentes se debe permanecer siempre invariable, contento con »*servir á Dios constante, animosa y fervorosamente, sin interrupcion alguna.* En la paz de un corazon siempre igual »es donde Dios se manifiesta, así como en un lago muy »tranquilo cuyas olas no están agitadas por el viento, se »refleja de tal modo el cielo en una noche serena, que lo »mismo puede contemplarse su hermosura mirando abajo »como arriba.» (2)

Por último, por encima de todo esto el santo fundador les predica la humildad, no solo á cada una en particular, sino al instituto en general. «Las hijas de la Visitacion, les »dice (3), hablarán siempre muy humildemente de su pequeña congregacion, honrando y estimando á las otras, »pero prefiriendo la suya por el amor, manifestando gustos »sas cuando se presente la ocasion, cuan agradablemente »viven en este estado; á la manera que todos prefieren el

(1) Conferencia IX.

(2) Idem id.

(3) Idem III.

»pais propio por amor, no por estimacion, y el piloto ama
»el navío en que navega mas que los otros, aunque sean
»mas ricos. Confesemos francamente que las otras con-
»gregaciones son mejores y mas escelentes, pero no mas
»amables y deseadas para nosotras.»

Se concibe bien cuán edificantes serian nuestras reli-
giosas formadas de esta suerte. «Entre estas almas tan pu-
ras y buenas, cuenta la Madre de Chantal, no habia otra
»emulacion que la de ser la última en su propia estima-
»cion y la primera en fervor y amor;» trazando, sin saberlo,
la santa superiora que así hablaba, su propio retrato,
pues se abatía con alegría á los mas humildes empleos,
servía á su vez de ayudante en la cocina, y obedecía exac-
tamente á la que estaba encargada de este oficio.

Así no se hablaba en todas las provincias vecinas sino
de la nueva Orden de la Visitacion. «La edificacion que
»nuestras hermanas dan todos los dias, escribia el piadoso
»fundador (1), da fe de la intencion del Espíritu Santo.
»Es admirable cuánto se ha aumentado la reputacion de
»la vida devota con el trato de nuestras hermanas, á las
»que veo tambien adelantar en ella todos los dias. Varias
»señoras extranjeras que las han visto han salido con las
»lágrimas en los ojos, y muy amantes de una orden tan
»fervorosa.» Varias personas acudieron de Lyon para con-
templar lo que decian era la maravilla de la época, y des-
pues de haber visto al santo fundador, á la piadosa funda-
dora y á sus angélicas hijas, se retiraron publicando que
todo lo que se decia de la Visitacion era muy inferior á la
verdad, y que sería una bendicion para su ciudad poseer
una casa de una orden tan santa.

Atraídas por el perfume de tantas virtudes, nuevas pre-
tendientes pidieron formar parte de esta fervorosa comu-
nidad; y bien pronto su número se aumentó sobre toda
prevision. El santo fundador tuvo él mismo el consuelo de
recibir á una de estas aspirantes, que fué mas adelante

(1) Carta DCLIII.

una de las glorias de la orden. Esta era la señorita Gas-
para de Avege, de la alta nobleza de Chambery. Él la ha-
bia bautizado; y el dia de su bautizo una luz divina le ha-
bia ilustrado sobre su destino futuro. Así, cuando se pre-
sentó: «Sed bien venida, le dijo, hace tiempo que os espe-
»raba; desde el dia de vuestro bautizo, Dios me hizo co-
»nocer que seriais de las nuestras; desde entonces se lo
»previne á vuestros padres. Hace pocos dias dije á la
»Madre Chantal que otra hermana le llegaría el dia de
»Reyes, y era de vos de quien hablaba.» Esta jóven que-
dó tanto mas sorprendida al oír esto, cuanto que hasta
entonces, lejos de haber comunicado su designio á na-
die, habia dado á entender lo contrario, siguiendo las mo-
das y vanidades del siglo; y así no pudo menos de admi-
rar una manifestacion tan maravillosa de la voluntad de
Dios sobre ella, que ya habia creído reconocer en un sue-
ño en el que, viendo en la ciudad de Annecy un largo
camino que terminaba en el cielo, y cuya entrada resplan-
decia con tres estrellas, le pareció oír una voz que le de-
cía: «No llegarás sino por este camino al paraiso.»

Estas tres estrellas le habian parecido designar clara-
mente á las madres Chantal, Brechard y Favre, funda-
doras de la Visitacion; y desde entonces, no pudiendo du-
dar que esta voz era un aviso del cielo, habia pensado
unirse á estas tres religiosas, y por fin, cediendo á la gra-
cia que la solicitaba, se habia despedido del mundo, y ha-
bia ido la víspera de Reyes á establecerse en el monaste-
rio. El hombre de Dios le dió el hábito de novicia con
otras tres pretendientes, y durante la ceremonia pareció
de tal suerte arrebatado en Dios, que la espresion angéli-
ca de sus facciones permaneció grabada hasta la muerte
en el recuerdo de la nueva religiosa y bastó para reanimar
cada dia su fervor (1). Bajo la sábia direccion del santo
Obispo, unida á los buenos consejos de la superiora y á es-
tas divinas impresiones, hizo durante su noviciado los mas

(1) Año Santo de la Visitacion, 5 de enero.

rápidos progresos en la virtud; pero gozó poco tiempo de la compañía de la Madre Chantal, porque esta perdió, poco despues, al Baron de Chantal, su suegro; y Francisco, comprendiendo lo que debia como madre á sus hijos, únicos herederos del Baron, juzgó necesario enviarla á Borgoña para poner en orden los negocios de la herencia.

Hizo este viaje como el primero, con la misma piedad, el mismo recogimiento y la misma fidelidad á su regla que si hubiera estado en su monasterio. La criada del Baron, que la habia tratado tan indignamente por espacio de tantos años, volvió á usar con ella sus maneras rudas é insolentes; y la santa superiora, que podia despedirla en el acto, no correspondió á estos malos procederes sino con beneficios, acompañados de afecto y de ternura. Al Baron de Thorens, que acompañaba á su suegra, le indignaba la audacia de esta criada.

«En cuanto á mí, le dijo alegremente la santa viuda, »no veo en esto nada de nuevo, nada que me sorprenda; »otra cosa era cuando vivia mi suegro:» y en el heroismo de su caridad, hacia comer á la mesa á esta criada, como si fuera su igual. Como los negocios del difunto estaban en el mayor desorden, le fué preciso durante cinco semanas trabajar desde la mañana hasta la noche para desenredar este caos, y tratar con gentes groseras, que procuraban por medio de la mentira y del engaño disimular sus deudas; pero en medio de tantos obstáculos no se la vió nunca perder su paz, turbarse ni irritarse. Tenia una igualdad de alma y de palabras que nada alteraba. Y conforme á los consejos de su santo director, despachaba los negocios uno despues de otro, suave y dulcemente, sin preocuparse por lo que habia precedido ó debia seguir.

A la vuelta de su viaje, bien fuera por el cansancio ú otra causa, la Madre Chantal cayó gravemente enferma, y se temió otra vez por su vida; pero habiéndola hecho besar piadosamente el santo Obispo, despues de una fervorosa oracion, las reliquias de San Blas, que se conservan

en la iglesia de San Mauricio, al punto quedó completamente curada. Mas habiéndose permitido una religiosa decir, que no valia la pena de ir á buscar un santo del cuarto siglo á Armenia, cuando Monseñor de Ginebra hubiera podido por sí solo obrar esta curacion, el humilde prelado quedó tan afligido al oir esto que derramó algunas lágrimas, reprendió severamente á la religiosa delante de toda la comunidad, y la impuso en penitencia, no solo pedir perdon al santo mártir, sino tambien ayunar durante tres años en la víspera de su fiesta.

Habiendo la digna superiora recobrado la salud, conducia á sus amadas hijas por las sendas de la perfeccion, cuando el principio del año 1614 el santo Obispo, siempre preocupado con los medios de santificarlas mas, les envió de aguinaldo, bajo el nombre de *Desafío sagrado*, dos billetes, uno para todas en general y otro para cada una en particular, con las prácticas de una virtud, una pequeña penitencia por las faltas en estas prácticas, y la indicacion de los santos que habian sobresalido en esta virtud. La práctica comun á todas consistia en hacer seis aspiraciones en los tiempos que no están destinados á los ejercicios de piedad, para conformarse á las palabras que dijo Dios á Abraham: «Anda en mi presencia y serás perfecto.» La penitencia por cada falta era el verso *Beata viscera Mariæ Virginis quæ portaverunt Æterni Patris filium*; y los modelos ó protectores eran San Ambrosio, San Bruno y San Francisco de Paula. Las prácticas particulares para cada una eran: 1.º La preparacion al oficio divino y la atención á decirlo bien. 2.º La conversacion interior con los santos á quienes se tiene particular devocion, y con el ángel custodio. 3.º La aplicacion á observar su interior, sin permitirse observar ni censurar á los otros. 4.º La tolerancia en silencio de los defectos del prójimo. Luego venia la penitencia por cada falta, y los modelos para cada virtud. Estos pequeños billetes, que parecian muy pequeña cosa en sí, dieron grandes frutos, y produjeron el más vivo fervor en la comunidad.